



VII Jornadas de Sociología de la UNLP

"Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"

La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Mesa 34: Homo Academicus. Universidad, conocimiento, políticas y actores

Octavio Nicolás Derisi: trayectoria y pensamiento del fundador de la Universidad

Católica Argentina

Laura Graciela Rodríguez (CONICET/UNLP/UNGS) lau.g.rodrig@gmail.com

Clara Ruvituso (Universidad de Rostock) clararuvituso@gmail.com

La fundación de la Universidad Católica Argentina (UCA) en 1958 marcó el comienzo de la etapa de privatización de la educación superior argentina, hasta entonces en manos del Estado nacional. Uno de los ideólogos principales de la nueva casa de estudios católica fue el filósofo tomista Octavio Nicolás Derisi (1907-2002). Como fundador y rector de la UCA (1958-1982) y filósofo político, Derisi desarrolló una concepción de universidad que contrastó principalmente con el reformismo en sus diferentes etapas de vigencia, pero que tiene puntos de encuentro con idearios universitarios presentes en otros momentos de la vida universitaria. Nuestro trabajo se propone analizar la figura de Derisi como un actor central en la constitución de la UCA, tomando en cuenta, por un lado, la trayectoria académica y política del filósofo, centrándonos especialmente en su etapa de rector; y por el otro, la concepción de universidad que desarrolló en sus escritos.

Este trabajo consta de cinco apartados, en el primero plantearemos el rol que asumió la Iglesia católica a partir de los años treinta en la formación de dirigentes propios; en los dos siguientes describiremos cómo fue el proceso de creación de la UCA y el peso que tuvo el tomismo en los inicios. Luego analizaremos de qué forma se organizó el gobierno de la universidad y qué pensaba Derisi acerca del co-gobierno, los concursos y la relación con el Estado. Por último, mencionaremos de qué manera se financió la UCA en esta etapa fundacional.

La Iglesia y la formación de “los futuros profesores de la UCA”

Octavio Nicolás Derisi perteneció a una generación que vivió el proceso acelerado de romanización de la Iglesia argentina, traducida en la estructuración jerárquica de sus miembros, la absoluta ortodoxia doctrinaria de carácter militante y revanchista y una identificación radical entre Iglesia y nación (Zanatta, 2000).¹ El catolicismo argentino se vio intensamente influido por esa corriente de antiliberalismo intransigente que se dio entre el pontificado de León XIII y los años treinta. Este fenómeno trajo aparejado un renovado y enorme auge del pensamiento tomista, tanto en los institutos católicos como en muchas universidades públicas (Zanatta, 2000). El nacionalismo católico se caracterizó además por el desprecio a las instituciones de la democracia, el voto masculino universal, la representación parlamentaria y los partidos políticos. Asimismo, varios de sus integrantes realizaron manifestaciones públicas de antisemitismo (Lvovich, 2003).

La jerarquía eclesiástica consideraba que el ámbito educativo era fundamental y durante todo el siglo intentó fortalecer su presencia en el área. Hacia 1910 el Episcopado fundó la Universidad Católica de Buenos Aires con una Facultad de Derecho, pero el experimento debió cerrar en 1920 porque el Estado nunca reconoció los títulos obtenidos por sus egresados (Di Stéfano y Zanatta, 2000). Privados de la posibilidad de tener universidades propias, un grupo de intelectuales católicos dirigidos por Tomás Casares y Atilio Dell’Oro Maini fundó en 1922 los Cursos de Cultura Católica [en adelante CCC], de clara inspiración tomista, que ofrecían Teología Dogmática, Teología Moral, Sagradas Escrituras e Historia de la Iglesia (Derisi, 1983). En 1928 el Episcopado promovió la fundación del Ateneo de la Juventud destinado a ofrecer a los jóvenes los medios necesarios para un “ordenado desarrollo corporal, intelectual y espiritual”. Después del golpe de Estado de 1930 se revitalizó el “mito de la nación católica”, y al año siguiente se fundó la Acción Católica Argentina o ACA, que formó parte de una red institucional tendiente a fortalecer la presencia de los católicos en todos los ámbitos de la sociedad (Zanatta, 2000). En jurisdicciones como la provincia de

¹ Derisi era hijo de inmigrantes italianos y nació en la ciudad de Pergamino el 27 de abril de 1907. Ingresó en el Seminario Conciliar de Villa Devoto. Continuó sus estudios en el Seminario Pontificio de Buenos Aires, donde cursó los tres años de filosofía y los cuatro de teología. Su tesis doctoral en Teología, *La constitución esencial del Sacrificio Eucarístico de la Misa*, fue publicada en 1930. El 20 de noviembre de 1930 fue ordenado sacerdote del clero secular por el cardenal Santiago Luis Copello en la iglesia del Seminario bonaerense. Ya presbítero y culminados sus estudios eclesiásticos, el obispo de La Plata, Monseñor Francisco Alberti, lo nombra profesor del recién fundado Seminario Diocesano San José de La Plata, al que se incorpora el 1º de febrero de 1931. www.filosofia.org/ave/001/a080.htm [visitado el 21/7/2011]

Buenos Aires, el gobernador admirador de la Italia fascista, Manuel Fresco, implementó en 1937 la educación católica en las escuelas públicas (Béjar, 1992).

En 1936 el profesor de filosofía y católico Tomás Darío Casares llamó a Derisi para fundar la Escuela de Filosofía “Santo Tomás de Aquino” en el ámbito de los CCC. Entre los primeros alumnos estaban quienes serían importantes referentes del nacionalismo argentino: Mario Amadeo, Juan Carlos Goyeneche, Benito Raffo Magnasco, Máximo Etchecopar, Juan Casaubón, José M. de Estrada, Juan Ramón Sepich y Septimio Walsh, entre otros. De acuerdo con Derisi, de ese grupo salieron “los profesores más salientes de la UCA” (Derisi, 1983:16).

Igual que Casares y otros católicos, Derisi estudió en la universidad pública e ingresó a dar clases allí difundiendo el tomismo más ortodoxo que convivía con las corrientes de la filosofía contemporánea. Entre 1934 y 1938 realizó estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). A principios de 1940, pertenecía a la ACA un número importante de docentes y alumnos universitarios (Bianchi, 2002). El cambio de clima dentro de la UBA se reflejó cuando las autoridades lo distinguieron como el mejor alumno de su promoción y recibió el premio Carlos Octavio Bunge a la mejor tesis doctoral en Filosofía y Letras del bienio 1940-1941, *Los fundamentos metafísicos del orden moral* (Zanatta, 2000). Dicha tesis fue publicada por el Instituto de Filosofía de la UBA un año más tarde con el prólogo de Casares.²

El segundo golpe de Estado de 1943 llevó a varios nacionalistas católicos a ocupar distintos cargos en la cartera educativa y en las universidades como interventores, rectores y decanos. Los militares y civiles aliados a la Iglesia, dispusieron la implementación de la enseñanza católica en las escuelas públicas nacionales. Ese mismo año, Derisi obtuvo por concurso el cargo de profesor adjunto en la cátedra de Casares, para dar Filosofía Medieval en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En 1945 recibió el Primer Premio Nacional de Filosofía por su obra *Filosofía moderna y filosofía tomista*. En estos años ya colaboraba con la revistas *Criterio*, *Estudios*, *Sol y Luna* y *Ortodoxia*.

Después de ganar las elecciones en 1946, Juan Domingo Perón ratificó esta alianza con la Iglesia. Como muchos otros profesores católicos, Derisi logró una importante inserción dentro del ámbito universitario: en la Universidad Nacional de La Plata fue director del Instituto de Filosofía, de la *Revista de Filosofía* y profesor titular de Gnoseología y Metafísica. En julio de 1946 salió el primer número de la revista *Sapientia*, de la que fue su director. Esta revista continuó publicándose a lo largo de todo el siglo XX, y representó unos

² www.filosofia.org/ave/001/a080.htm [visitado el 21/7/2011]

de los órganos más importantes de difusión del tomismo en el mundo de habla hispana.³ En 1951, a raíz de las Jornadas Tomistas, desde *Sapientia* Derisi afirmaba que “la irradiación del método y del saber de Santo Tomás” alcanzaba, no sólo a los centros católicos, sino también a todas las universidades. Ahora bien, algunos analistas señalan que a pesar de los avances que hizo la Iglesia en materia educativa en este período, lo cierto es que no “pudo concretar su vieja aspiración de lograr autorización para legalizar una entidad universitaria con reconocimiento oficial para emitir títulos” (Del Bello; Barsky y Giménez, 2007:85).

El apoyo del Estado a la privatización del sistema universitario: la creación de la UCA

En 1955 Perón decidió, entre otras medidas, eliminar la enseñanza católica de las escuelas. La ruptura con la Iglesia, sumada a la crisis económica y política provocaron una reacción violenta que desembocó en un nuevo golpe de Estado (Caimari, 1995). En esas circunstancias, la Iglesia optó por una nueva estrategia, apostando a poner cuadros propios al frente del Ministerio de Educación y asegurándose que promovieran la expansión del sistema privado católico de enseñanza (Krotsch, 1989; Mallimacci, 1996). Uno de los primeros ensayos de esta política fue la llegada a la cartera educativa del nacionalista católico, vinculado a los CCC y fundador de la revista *Criterio*, Atilio Dell’Oro Maini.⁴ El mandatario dio a conocer el decreto 6403/55, que reglamentaba el funcionamiento de las Universidades. En su artículo 28 autorizaba la creación de universidades privadas con la capacidad de emitir títulos habilitantes, en el marco de reglamentaciones que oportunamente se dictaran. La medida provocó la reacción en contra de las autoridades de las universidades oficiales, que organizaron marchas en todo el país esgrimiendo las consignas de “laica o libre”.

Siete meses antes de que se reglamentara el artículo 28, el Episcopado Argentino creó la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires que empezó a funcionar en marzo de 1958. Finalmente, el decreto fue aprobado a fines de 1958 durante la gestión del presidente Arturo Frondizi y su ministro de educación, el católico Luis Rafael Mac Kay.⁵

³ En los años de la última dictadura, la revista *Sapientia* recibió financiamiento del CONICET. No fue la única publicación católica que fue financiada por este organismo público, desde 1975, el CONICET aportaba para sostener la revista llamada *Mikael*, cuyo responsable era el vicario castrense monseñor Adolfo Tortolo (Rodríguez, 2012).

⁴ Un interesante semblante de Dell’Oro Maini y su participación en los CCC y la revista *Criterio* está en Devoto (2005).

⁵ En esos años también se firmó el decreto N° 12179/60 que reglamentó el artículo 5 de la Ley 13.047/47 y sentó las bases para la expansión del sistema privado de enseñanza de nivel medio y superior, que en su mayoría estaba en manos de los católicos. Además, se creó la Superintendencia Nacional de Enseñanza Privada (SNEP), siendo su primer presidente Alfredo Van Gelderen, un hombre muy cercano a monseñor Plaza. Producto directo de este clima favorable para el sector, en 1963 el CONSUDEC fundó su propio periódico, el *Consudec*. (Rodríguez, 2010)

Derisi recordaba que en los primeros años de la UCA, las clases se iniciaban con una misa a la que asistía el ministro Mac Kay, quien “comulgaba en medio de los alumnos y confundido con ellos” (Derisi, 1983: 158).

La Comisión Episcopal nombró rector a Derisi y a los integrantes del Consejo Superior Académico y del Consejo de Administración. Este último estaba encargado de las finanzas y conformado por empresarios católicos como Carlos Pérez Compagnon. La UCA nació con tres Facultades y sus respectivos decanos fueron: Guillermo Blanco (Facultad de Filosofía); Faustino Legón (Facultad de Derecho y Ciencias Políticas) y Francisco Valsecchi (Ciencias Sociales y Económicas). Posteriormente, se crearon tres Institutos: de Cultura, de Extensión y de Estudios Preuniversitario. En el Instituto de Cultura Universitaria, al mando de Benito Raffo Magnasco, se incorporaron los CCC destinados a todo público.

En las primeras reuniones del Consejo Superior hubo discusiones acerca de si hacer o no de la UCA un ámbito de “investigación pura” y qué condiciones debían tener los profesores. Derisi explicaba que “la mayor parte del Consejo, de acuerdo a la declaración e intención de los obispos, entendió que la Universidad debía ser ante todo docente” (Derisi, 1983: 32). Una de las disputas se desató cuando el médico Eduardo Braun Menéndez dijo que si primaba la “catolicidad” como argumento excluyente para seleccionar a los profesores, el fracaso de la UCA era seguro. Dadas sus diferencias con el resto de los consejeros debió renunciar y fue reemplazado por el jesuita Mariano Castex (Zanca, 2006). En relación con el perfil de los primeros profesores, Derisi aclaraba que si bien todos eran graduados de la universidad estatal, “habían tenido una formación humanista cristiana complementaria en los CCC” o en la Acción Católica Argentina (Derisi, 1983: 96). Es interesante señalar además, que varios de estos docentes venían de los colegios católicos ubicados en la ciudad de Buenos Aires como el Champagnat, El Salvador, Lasalle o el Lacordaire.

La impronta específica de la flamante universidad fue la “formación humanista, filosófica y teológica” (Derisi, 1983:79). Con el objetivo de que la Teología y la Filosofía aparecieran lo más armónicamente unidas con los demás sectores del saber, se fundó el Instituto de Integración del Saber y se le dio la dirección a Tomás Casares. Desde allí se promovían reuniones periódicas los días sábados, de profesores de Teología y de Filosofía con los otros profesores de las distintas Facultades, adonde se exponía el sentido de la integración de las mismas con las demás disciplinas (Derisi, 1983).⁶ Además, en las

⁶ Con el tiempo, la UCA creó Facultades en Rosario y Mendoza. En la ciudad de Pergamino tenía un Centro Regional que funcionaba en la sede del Colegio de Nuestra Sra. del Huerto. También dependía de la UCA el Centro de Perfeccionamiento Docente en Paraná. A pedido de monseñor Tortolo, arzobispo de Paraná, la UCA

Facultades había capillas con el Santísimo Sacramento adonde se celebraba la misa periódicamente y cada tanto se organizaban “retiros espirituales”. El cardenal Antonio Caggiano -presidente de la Conferencia Episcopal y Arzobispo de Buenos Aires- apoyó a la UCA, facilitando, entre otras cosas, el uso de la Catedral metropolitana para las colaciones de grado de la universidad, a las que asistían siempre numerosas autoridades del gobierno.

El primer Consejo Superior estaba integrado por el médico Eduardo Braun Menéndez (quien renunció al poco tiempo, como vimos), Angel J. Battistesa, Pbro. Guillermo Blanco, Mariano S. Castex, el ex ministro Atilio Dell’ Oro Maini, Agustín Durañona y Vedia, Luis M. Etcheverri Boneo, Alberto Ginastera, Faustino J. Legón, Gerardo Lasalle, Emiliano Mac Donagh, Francisco Valsecchi, Amancio Williams y Ricardo Zorraquín Becú. Varios de estos profesionales habían sido profesores en las universidades públicas y a la llegada del golpe de 1955, fueron cesanteados acusados de colaborar con la “dictadura” peronista. Eso les ocurrió, por ejemplo, al abogado Faustino J. Legón en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Buenos Aires y al zoólogo Emiliano Mac Donagh en la Facultad de Ciencias Naturales y Exactas de la Universidad Nacional de La Plata.

En general, los expulsados fueron reincorporados a las universidades públicas en los años de la dictadura que se inició con el general Juan Carlos Onganía en 1966. Los militares y civiles que tomaron el poder estuvieron aliados a la jerarquía eclesiástica y recibieron el apoyo público del rector Derisi.⁷ Asimismo, los profesores que daban clases en la UCA se convirtieron en altos funcionarios - Juan R. Llerena Amadeo, Benicio Villarreal, Alfredo Tagliabúe, Jorge Luis García Venturini, y Cayetano Licciardo, entre otros- del área educativa nacional y de la provincia de Buenos Aires durante los dos últimos gobiernos de facto (1966-1973 y 1976-1983) (Rodríguez, 2011).

La UCA: universidad tomista

El artículo 5 del Estatuto de la UCA expresaba que allí se adoptaba como cuerpo de doctrina “sin desmedro de la libertad de los estudios, la filosofía de Santo Tomás de Aquino, cuyo sistema, principios y método se propone desarrollar e impulsar, según las recomendaciones pedagógicas del canon 1366 y las exhortaciones de los Romanos Pontífices León XIII (1879), Pío X (1914), Pío XI (1923) y Pío XII (1931)” (Derisi, 1983: 31). Los tomistas argentinos, la Comisión del Episcopado argentino y las universidades católicas

fundó también la Facultad de Ingeniería y posteriormente la de Economía. Luego Tortolo decidió entregarlas a la recientemente creada Universidad Nacional de Entre Ríos.

⁷ La universidad también tuvo profesores de conocido nivel internacional. Entre 1971 y 1975 la Facultad de Letras contrató a Jorge Luis Borges como profesor titular de Literatura Inglesa.

organizaron en 1979 el Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, para celebrar el centenario de la encíclica del papa León XIII *Aeterni Patris* (1879), que inició la “magnífica” restauración de la Filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Derisi presidió la comisión organizadora y el filósofo cordobés Alberto Caturelli la comisión ejecutiva.

Entre 1946 y hasta su muerte en 2002, Derisi participó en los congresos nacionales e internacionales de filosofía tomista y de homenajes a Santo Tomás de Aquino. En calidad de especialista colaboró en diarios y revistas de Argentina (Mendoza, La Plata, Buenos Aires, Tucumán, Córdoba) y de Porto Alegre, Milán, Medellín, Bogotá, Madrid, Salamanca, Nueva León, Roma, y México. Escribió cerca de 30 libros, la mayoría vinculados a algún aspecto del pensamiento tomista.

En 1948 se fundó la *Sociedad Tomista Argentina*, cuya Comisión Directiva estaba presidida por Casares, los vicepresidentes eran Derisi y el filósofo oriundo de Córdoba, Nimio de Anquín; de secretario general actuó el padre Julio Meinvielle; el pro-secretario era Abelardo Rossi y los vocales el dominico Marcolino Páez y Raffo Magnasco. Inmediatamente la *Sociedad Tomista Argentina* se adhirió a la *Unión Mondiale des Sociétés Catholiques de Philosophie*. Según expresó un académico italiano “el tomismo de Octavio Nicolás Derisi ha sido y continúa siendo para América Latina lo que fue el de Maritain y Gilson para América del Norte y Francia, el de Grabmann para Alemania [...]: ha dado nuevo brillo y renovado crédito, aun entre los laicos, a la filosofía cristiana de Santo Tomás de Aquino” (cit. en Gayo Berlanga, 2003:41)

Ahora bien, la incidencia de católicos en el medio filosófico de las universidades nacionales se facilitó por las características de un campo disciplinar que compartía con la Teología preguntas y problemas ineludibles. El hecho de que el anti-positivismo fuese el rasgo común que había unido a profesores de filosofía de tendencia católica (como Tomás Casares) y laicos (como Alejandro Korn) a partir de la reforma universitaria y que la filosofía medieval -etapa de los grandes teólogos cristianos como Agustín y Tomás de Aquino- era entendida como parte esencial de la historia del pensamiento filosófico había mostrado, desde el inicio de los estudios filosóficos, una presencia menos problemática –desde el punto de vista disciplinar- de católicos en el área. La importancia de la tradición medieval había sido sostenida por los propios padres de la filosofía- ambos de tradición laica- como eran Alejandro Korn y Coriolano Alberini, que también habían tenido como discípulos a filósofos católicos. Otra de las características que unió a los filósofos, tanto laicos como católicos, era

la creencia común, en la búsqueda y existencia de la verdad/Verdad –en algunos casos justificada por la razón, en otras por Dios.

La doble formación de Derisi –como teólogo católico y filósofo de formación laica- puede comprenderse al analizar su postura metafísica. Así comenzaba uno de sus libros: “Después de la época positivista, que juzgó la cuestión del ser –la metafísica- como un problema pre-científico, superado por el desarrollo de las ciencias, la pregunta por el ser acucia hoy con más vehemencia que nunca a la mente humana, precisamente porque el enorme desarrollo científico y técnico contemporáneo ha demostrado que no resuelve los grandes trascendentales problemas del hombre, cifrados todos ellos en el problema del ser y de sus exigencias valorativas práctico-morales” (Derisi 1968:8). Esta sentencia de carácter antipositivista tenía como inspiración la lectura de Martin Heidegger y su radical interrogación por el ser. El neo-tomismo argentino, con Derisi a la cabeza, se encargó de mostrar que las respuestas al acusante problema del hombre contemporáneo ya habían sido dadas por un filósofo cristiano muy anterior a Heidegger: “Hace ya siete siglos que un gran teólogo, quien era además un gran filósofo, penetró con singular hondura en este problema, lo analizó con rigurosa precisión y alcanzó con magnífica maestría su solución cabal, con una verdad que daba solución orgánica a los demás problemas de la filosofía, aun aquellos no planteados por el mismo autor. Tal filósofo fue Santo Tomás” y agregaba “Pero la verdad es que fue necesario el replanteo del tema de la filosofía actual de la Existencia, especialmente realizado por Martin Heidegger y su acertada crítica a la metafísica de Occidente, para re-descubrir y poner en manifiesto todo el inagotable valor de la ontología de Santo Tomás, oculto –o no suficientemente valorado al menos- durante siglos” (Derisi 1968: 8-9). La doble condición de filósofo y teólogo católico de Derisi también se puso de manifiesto en su concepción de universidad. Sin embargo el dogma cristiano y el hecho de poseer una verdad superior mostraban en Derisi una mayor consideración de la teología por sobre la filosofía: “la misión propia y específica de la Universidad, como tal, es la integración de la verdad en la verdad superior de la Filosofía y de la Teología y, en última instancia, en la Verdad suprema divina; o, en otros términos, la formación humanista, que perfecciona al hombre como hombre y como hombre cristiano y no sólo como científico, técnico, médico, abogado, etc.” (Derisi 1982: 218).

Para filósofos laicos contemporáneos a Derisi, como el existencialista Carlos Astrada, la postura del tomismo era una contradicción, ya que esa corriente filosófica no pertenecía al espíritu de la época y el dogma católico no podía considerarse como expresión del filosofar contemporáneo. Para otros, las reinterpretaciones de Tomás a la luz de filósofos

contemporáneos era la expresión de una corriente filosófica tan legítima como otras. Los enfrentamientos más duros entre los filósofos laicos y los tomistas en las universidades nacionales culminaron cuando los últimos fundaron un nuevo espacio propio en 1958.

La organización del gobierno

El órgano superior de gobierno de la UCA era la Comisión Episcopal. La primera estuvo integrada por el cardenal Antonio Caggiano; monseñor Antonio Plaza (arzobispo de La Plata y fundador en 1964 de la Universidad Católica de La Plata); y monseñor Antonio Aguirre (obispo de San Isidro). De acuerdo al Estatuto, eran incumbencia de la Comisión el nombramiento del rector, de los decanos de una terna elegida en la Facultad y aprobada por el Consejo Superior, y de los vicerrectores, escuchando el parecer del Consejo Superior. En caso de veto de una ordenanza del Consejo Superior, por parte del rector, aquél podía apelar a la Comisión Episcopal.

En su libro *Naturaleza y vida de la Universidad*, publicado por Eudeba en el año 1969, y reeditado en 1972, Derisi resumía sus principales ideas sobre la universidad y planteaba que todo el sistema universitario público debía funcionar según estas directivas, que eran las que se estaban aplicando en la UCA. Es decir, el libro pretendía ser una guía para los funcionarios y académicos respecto a cómo debía constituirse el gobierno de todas las casas de estudio, no solo de las privadas. A continuación presentaremos algunas nociones sobre la elección de los profesores, el lugar de los alumnos y del Estado.

La elección y el nombramiento de los profesores, afirmaba Derisi, era “sin duda, el punto más delicado de la vida y autonomía universitaria” (Derisi, 1972: 204). Era preciso que se realizaran en atención a la capacidad y preparación intelectual en la disciplina para la que se lo elegía, con un mínimo de formación humanista, y de la vida moral y espiritualmente ejemplar. Por esa razón, el mejor procedimiento para la elección de profesores era “dejar su realización a los propios profesores y consejos académicos de cada facultad” (Derisi, 1972: 204). Las autoridades del Estado, de la Iglesia y en general de la institución fundante de la universidad, podían ejercer el derecho de veto en las elecciones, si creían que tales profesores no se adecuaban al espíritu y orientación de la universidad.

La elección de profesores, continuaba, para ser “objetiva” debía estar a cargo de una comisión de varios “profesores maduros”, nombrada por el consejo de la facultad. Se podía realizar de dos maneras, cada una con su pro y su contra. Una era el “concurso abierto”, que tenía la ventaja de la publicidad y del acceso a todos, pero acarreaba varios inconvenientes: se solían presentar muchos candidatos, de los cuales podía presentarse un profesor realmente

sobresaliente pero de condiciones morales malas o dudosas, no siempre fáciles de ser discernidas por un jurado. Había otro tipo de procedimiento para elegir a los docentes, que eran los “concursos internos”, adonde el consejo de la facultad, escuchando a los profesores de materias afines, consideraba cuáles eran los mejores candidatos para desempeñar la cátedra vacante. Estos docentes proponían una terna, en secreto. Producido el dictamen de la comisión, el consejo de la facultad aceptaba el candidato o elegía uno de la terna o rechazaba a todos y lo presentaba al Consejo Superior, el cual debía ofrecerle la cátedra al candidato elegido. Este tipo de concurso evitaba el número excesivo de candidatos y que se presentasen algunos sin méritos morales. Este último era el más adecuado para lograr los mejores profesores que la universidad necesitaba. En síntesis, se debía priorizar por sobre la excelencia académica, la capacidad didáctica y su honestidad.

Con respecto a los alumnos, afirmaba que no debían tener participación en el gobierno de la universidad o en la elección de sus autoridades. Las razones eran varias: en primer lugar, porque por su edad y condición de alumnos, carecían de los conocimientos, prudencia y madurez necesarias para el buen gobierno. La segunda objeción era que por su generosidad y sentido de justicia, eran capaces de ser fácilmente influidos y seducidos por elementos políticos, económicos y sociales ajenos a la vida universitaria. No había influencia más peligrosa que la que se ejercía desde fuera de la universidad, sin ser vista y controlada y que obedecía muchas veces a intereses políticos o ideológicos extremistas, del marxismo-comunismo, espurios y ajenos a la vida de la universidad. Por último, la intervención de los alumnos en el gobierno traía aparejada la politización, con la consiguiente polémica y división de alumnos, la pérdida del ambiente de paz y el consiguiente descenso del nivel académico. Esa era una verdad comprobada por la experiencia, que generalmente representaba a un grupo minoritario hábilmente organizado que se transformaba en una “dictadura” y que no representaba a la mayor parte de los estudiantes. La participación estudiantil, en definitiva, no solo no era esencial a la vida y a la constitución de la comunidad universitaria, sino que más bien atentaba contra ella.

En relación al Estado, Derisi sostenía que de acuerdo al principio de “libertad de enseñanza” que poseían padres y alumnos, el Estado debía contribuir proporcionalmente con sus recursos al desenvolvimiento de todas las universidades sin inmiscuirse en su vida propia. Porque sin duda el “peligro más grande” de interferencia de la autonomía universitaria era el Estado, que con esos fondos que aportaba podía extorsionar moralmente a la universidad para someterla y convertirla en un instrumento dócil para sus fines políticos y lo que era peor aún, para hacerla seguir al partido gobernante. Si bien las universidades privadas podían, a su vez,

peligrar en su autonomía por la presión de las empresas que le brindaban recursos, semejante presión era mucho menos frecuente y peligrosa que la del Estado, por carecer de su fuerza. En suma, cuando la contribución provenía de “empresas independientes, el riesgo de intervención era mínimo”.

Sin embargo, continuaba, profesores y alumnos en no pocas ocasiones, provocaban la intervención de la universidad, por realizar actividades ajenas a la vida de la misma. En estos casos, había que tener “valor para decirlo: la autonomía ha sido primordialmente lesionada desde dentro de la universidad con actividades y actitudes que no competen dentro de los claustros de la misma. El llamado ‘avasallamiento de la autonomía’ universitaria por parte del Estado, muchas veces no es más que la intervención necesaria para volver a la universidad a su propio cauce, al de su vida propia, y, con él, a la verdadera autonomía, perdida con actividades político- sociales y subversivas, ajenas enteramente al quehacer universitario” (Derisi, 1972:215). Este “proceso de purificación” era largo y difícil, pero era preciso reconocer que la autonomía se ganaba con la “autenticidad de la vida universitaria”, que se alcanzaba cuando profesores y alumnos trabajaban juntos, en íntima armonía, intensamente dedicados a los fines propios de su labor específica. Para realizar eficiente y plenamente su labor, la universidad necesitaba crear la “comunidad de amor entre profesores y alumnos-verdadera célula de la comunidad universitaria” (Derisi, 1972:225)

El sistema de financiamiento

El decreto 6403/55 estableció la prohibición de acceder a recursos financieros estatales. Según Derisi, por esa razón la universidad comenzó en la “pobreza material más grande, con mil dificultades y ataques”. Para financiar los comienzos, sostenía, le solicitaron al Arzobispo de Buenos Aires Fermín Laffitte, la autorización para gastar del fondo “Vermer Riverieur”. Sin embargo, en ese mismo libro Derisi describe cómo la UCA fue comprando casas, edificios, departamentos y terrenos en el centro de la ciudad de Buenos Aires para instalar las distintas dependencias. Allí reconocía el importante apoyo económico que recibieron de distintos empresarios católicos como Carlos Pedro Blaquier y los miembros del directorio de Ledesma, los dueños de La Cantábrica, de Amalia Lacroze de Fortabat, la familia Duhau, Jorge Curi, Sebastián Bagó, Víctor Navajas Centeno, y Luis Lopez Mosquera. Y mencionaba que el Consejo de Administración estuvo conformado por otro grupo de

empresarios que los ayudaron: Carlos Pérez Compagnon, Fernando Carlés, Rafael Pereyra Iraola, Enrique Shaw y Luis Arrighi.⁸

Además de los aportes privados, el Episcopado Argentino dispuso la organización de varias colectas nacionales obligatorias a favor de la UCA, y tuvieron el apoyo de una “Comisión de señoras” y una “Comisión de amigos de la Universidad Católica”. En diversas ocasiones recibieron legados testamentarios de personas vinculadas con la Iglesia.

Derisi también expresaba su agradecimiento hacia dos instituciones del Episcopado Alemán llamadas *Adveniat* y *Misereor*. Gracias a *Adveniat* pudieron realizar una compra importante de un inmueble y en 1961, adquirir “uno de los libros más importantes y costosos y más avanzados, publicados en estos últimos tiempos” (Derisi, 1983: 120).⁹ Se refería al *Index Thomisticus*, que constaba de 60 tomos y 7 grandes volúmenes de las *Opera Omnia* de Santo Tomás de Aquino. Derisi mencionaba a otras dos organizaciones, una de Holanda encabezada por el P. W. Van Straaten con la obra “La Iglesia que sufre” y la “Cooperación para América Latina” que presidía el cardenal Sebastián Baggio.¹⁰

Si en su libro *Naturaleza....* concluía que el aporte financiero del Estado podía condicionar negativamente la vida universitaria, en el otro explicaba las buenas relaciones que tuvo con distintos presidentes y los diferentes aportes estatales que recibió. Derisi cuenta que cuando era presidente Arturo Illia (1963-1966) – quien se había pronunciado en público contrario a la ley- le dijo en una conversación privada que estaba de acuerdo con la norma. Illia les financió “20 becas para alumnos que no podían pagar, con lo cual ayudaba directamente a los estudiantes, pero indirectamente a la UCA” y “al año siguiente volvió a repetir esta donación”. Derisi resumía: “Realmente el Dr. Illia estimaba a la UCA y tenía un gran aprecio y afecto por mi persona [...] Tal vez a ello contribuyó el que los dos éramos hijos de Pergamino y nuestras familias muy amigas también” (Derisi, 1983: 139- 40). Otra manera de recibir apoyo público fue a través del Ministerio de Bienestar Social, cuando diferentes presidentes de distinta extracción política, le derivaron subsidios.

⁸ Pérez Compagnon fue el presidente del Consejo por muchos años y creó una Fundación que instituyó el Instituto de Gastroenterología que recibió subsidios del CONICET. En agradecimiento, Derisi lo homenajeó a través de la revista *Universitas* del año 1977.

⁹ Según su página web actual, *Adveniat* es una institución creada en 1961 de ayuda de los católicos de Alemania para Latinoamérica. Financia proyectos para ayudar a los “pobres, los perseguidos y las minorías”, <http://www.adveniat.org/enalemania.html> [visitado el 1 de octubre 2012]

¹⁰ Ayuda a la Iglesia que Sufre (*AIS*), conocida también como Ayuda a la Iglesia Necesitada (*AIN*) es una organización católica internacional dependiente de la Santa Sede, que apoya a los refugiados y a los cristianos perseguidos por su fe en distintos países del mundo. Fue fundada por el sacerdote holandés Werenfried Van Straaten el día de Navidad del año 1947, para socorrer a los refugiados alemanes que debieron ir a Asia principalmente, después de la Segunda Guerra Mundial. http://es.wikipedia.org/wiki/Ayuda_a_la_Iglesia_que_Sufre [visitado el 1 de octubre 2012]

Durante la presidencia de facto del general Onganía (1966-1970) se dictaron tres leyes: ley 17778 para las universidades provinciales, la ley 17245 para universidades nacionales y la 17604 para universidades privadas. Esta última norma amplió las atribuciones de los establecimientos privados al establecer un sistema de autorización provisional que, pasados quince años, se transformaría en definitivo (Del Bello, Barsky y Giménez, 2007). Además, incluía el artículo 16 que establecía que los establecimientos universitarios privados autorizados quedaban exentos de los impuestos, contribuciones y tasas. Y facultaba “al Poder Ejecutivo para acordar a los establecimientos autorizados que lo soliciten, la contribución económica del Estado, cuando aquél considere que ello conviene al interés nacional”. En el artículo 17 sostenía que el Consejo de Rectores de las Universidades Privadas o CRUP – que había sido creado en 1962 con Derisi como presidente- sería el órgano de consulta en todo lo concerniente al régimen legal. En el decreto reglamentario de 1969 – firmado por el ministro Dardo Pérez Guilhou- se explicaba el procedimiento: las universidades privadas debían presentar por intermedio del CRUP un “proyecto subsidiario” pidiendo la contribución económica estatal. El CRUP tenía que emitir una recomendación y una lista con el orden de prioridades al Ministerio de Cultura y Educación. El Ministerio debía designar una comisión asesora formada por el Director Nacional de Altos Estudios, el Director de la Oficina Sectorial de Desarrollo y dos o más expertos. En base al dictamen de la comisión, la cartera proponía al Poder Ejecutivo Nacional el monto y la distribución del aporte económico estatal que podía financiar total o parcialmente un proyecto.

Sobre estos artículos de la ley, Derisi opinaba que resultaban insuficientes. Sostenía que si bien esta norma autorizaba al Estado a darles subsidios, nunca había “dado aportes regulares a las Universidades Privadas, como lo hace con los colegios privados” (Derisi, 1983: 143). Y relataba que con Onganía “estuvimos a punto de entrar en esta modalidad de ayuda estatal, pero desgraciadamente el general Onganía dejó la presidencia antes de poder concretar esta feliz iniciativa”. Después, se lamentaba, “ningún gobierno pensó en establecer esta ayuda de aportes regulares a la Universidad Privada” (Derisi, 1983:143).

Durante la última dictadura (1976-1983), Derisi hizo grandes avances. El intendente de la ciudad, el brigadier Osvaldo Cacciatore, por medio de una “ordenanza especial”, le vendió a la UCA 30 hectáreas ubicadas en el barrio Colegiales, adonde estaban las playas del Ferrocarril, a pagar en cuotas durante 20 años. La entrega se hizo en un acto público, con la presencia de las más altas autoridades de la UCA y del municipio. En 1980 el presidente de facto Jorge Rafael Videla y su ministro de educación – el profesor de la UCA, Juan R. Llerena Amadeo- firmaron un “especial decreto” que le permitió inaugurar un colegio

secundario llamado “Santo Tomás de Aquino”, con la finalidad de “preparar a los futuros estudiantes de la UCA” (Derisi, 1983:70). A poco de funcionar, el colegio fue incluido “para el otorgamiento de la contribución estatal” (Derisi, 1983:171).

En síntesis, Derisi admitía que “la universidad católica obtuvo no aportes, pero sí algunos subsidios para determinadas obras, bajo distintos gobiernos” (Derisi, 1983:140). Reconocía que los presidentes Frondizi, Onganía y Videla habían “manifestado una particular estima y afecto por la UCA y su rector” (Derisi, 1983:171).

Reflexiones finales

Como ha sido señalado por otros investigadores, el sistema de universidades privadas en el país se desarrolló tardíamente en comparación con el resto de América Latina, a causa de diversos factores (De Bello, Barsky y Giménez, 2007). En esta ponencia pretendimos mostrar que tempranamente la Iglesia católica intentó crear una universidad propia y que, si bien sus esfuerzos no tuvieron resultados inmediatos, a través de su red de instituciones fue formando a lo largo de las décadas, a cientos de intelectuales católicos que terminaron ocupando puestos claves en el Estado y en las universidades públicas. El caso de Derisi ilustra este proceso de largo plazo. Formado tanto en las instituciones de la Iglesia Católica como en la universidad pública, Derisi fue uno de los actores claves en la constitución de la UCA, que contó con el apoyo de un amplio sector de la sociedad: empresarios, profesores, políticos de distintos partidos, militares y asociaciones de países extranjeros. Estos actores eran expresivos de concepciones universitarias que no eran pensadas exclusivamente para la universidad privada, sino que se proponían para todo el sistema universitario argentino.

Ahora bien, las interpretaciones canónicas sobre la historia de la universidad argentina afirman que en 1918 la “reforma universitaria” democratizó el gobierno frente a la conducción oligárquica; que entre 1946 y 1955 las casas del estudio estuvieron dominadas por un cono de sombras y atraso que fue el peronismo; con el golpe que lo derrocó se inició la “edad de oro” y la “modernización” de la universidad y ese ciclo se volvió a cerrar con el golpe de 1966 y una nueva y violenta intervención a las universidades. Como hemos podido observar en estas páginas, en la versión de Derisi y de los católicos que lo acompañaban, la mirada sobre este proceso era exactamente la opuesta: los cambios que introdujo la reforma del ‘18 habían “desviado” a la universidad de su “verdadera misión”. En particular, la participación de los alumnos en el gobierno y la consolidación de los centros de estudiantes habían “politizado” negativamente a las casas de estudio, promoviendo las ideas del marxismo y el comunismo. La posibilidad de que los profesores llegaran a los cargos por

concursos públicos y abiertos era un error y concentrar la actividad de la universidad en la investigación, no se correspondía con sus objetivos originales. Siguiendo con la periodización, durante el peronismo muchos católicos como Derisi tuvieron grandes posibilidades de desarrollar sus carreras académicas, aunque luego de la ruptura entre la Iglesia y el gobierno éstos se pusieron del lado opositor. Con el derrocamiento de Perón se inició una “edad de oro” para la variante del catolicismo más ortodoxa como fue la tomista. Sus representantes ocuparon la cartera educativa de nivel nacional, pudieron abrir por primera vez casas de estudio propias, se dedicaron a combatir la “modernización” de los años sesenta y estuvieron de acuerdo con la expulsión de importantes investigadores de las universidades públicas, a quienes acusaron de “marxistas”. En suma, se manifestaron de acuerdo con la represión desatada en las universidades públicas durante las dos últimas dictaduras, justificándolas como “necesarias” en aras de poner en marcha el “proceso de purificación” que venían llevando.

Bibliografía

ALGAÑARAZ SORIA, Víctor Hugo (2012) “El sinuoso proceso de institucionalización de las Universidades Católicas en Argentina (1955-1983): Relaciones- tensiones entre la jerarquía de la Iglesia Católica, sectores políticos y cúpulas militares”. En *III Jornadas de Historia de la Universidad Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 26 y 27 abril.

BEIGEL, Fernanda (2011) *Misión Santiago. El mundo académico Jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*. Buenos Aires. BIBLOS.

BÉJAR, María Dolores (1992) “Altars y banderas en una educación popular. La propuesta del gobierno de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires. 1936-1940”. *Estudios e Investigaciones N°12*. 83-130.

BIANCHI, Susana (2002) “La conformación de la Iglesia católica como actor político- social. Los laicos en la institución eclesial: las organizaciones de élite (1930-1950)”, *Anuario IEHS*, N° 17, Universidad Nacional del Centro, pp. 143-162.

BUCHBINDER, Pablo (2000) “El movimiento reformista: una aproximación desde la historia interna de las instituciones universitarias”. *Ibero-Amerikanisches Archiv* 26 1-2 27-58.

----- (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

CAIMARI, Lila (1995) *Perón y la Iglesia católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel.

CUNEO, Dardo (1984) *La reforma universitaria*. Biblioteca Ayacucho. Caracas.

DEL BELLO, Juan Carlos; BARSKY, Osvaldo y GIMENEZ, Graciela (2007) *La Universidad Privada Argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

DEVOTO, Fernando (2005) “Atilio Dell’Oro Maini y los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930”. En *Prismas*, N° 9, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 187-204.

DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris (2000) *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires, Mondadori.

GAYO BERLANGA, Carlos (2003) *Vida y pensamiento de Raúl Echauri. Un filósofo tomista argentino del siglo XX*. Tesis de doctorado, Universidad de Navarra.

KROTSCH, Pedro (1989) “Política educativa y poder social en dos tipos de regímenes políticos: hipótesis acerca del papel de la Iglesia Católica argentina”, en *Propuesta educativa*. Buenos Aires, FLACSO.

LVOVICH, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editorial.

MALLIMACI, Fortunato (1996) “Catolicismo y militarismo en Argentina (1930-1983)”. En *Revista de Ciencias Sociales*, N° 4, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 181- 218.

PORTANTIERO, Juan Carlos (1987) *Estudiantes y política en América Latina*. Siglo XXI, México.

RODRÍGUEZ, Laura Graciela (2010) “Iglesia y educación durante la última dictadura en Argentina”. En *Cultura y Religión*. Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile, Vol 4, N° 2, pp. 4-19, disponible en <http://www.revistaculturayreligion.cl>

--- (2011) *Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)*. Rosario, Prohistoria.

--- (2012) “El “marxismo” y la universidad en la revista *Mikael* (1973-1984)”, en *Ciencia, docencia y tecnología*. N° 45, año XXIII, disponible en <http://www.revistacdyt.uner.edu.ar>

SANGUINETTI, Horacio y CIRIA, Alberto (1983) *La Reforma Universitaria*. Vol.1 y 2. CEAL. Buenos Aires.

SOPRANO, Germán (2009) “Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata en las décadas de 1930 y 1960”, en MARQUINA, Mónica, MAZZOLA, Carlos y SOPRANO, Germán, *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*. Buenos Aires, Prometeo.

ZANATTA, Loris (1998) “Religión, nación y derechos humanos. El caso argentino en perspectiva histórica”, *Revista de Ciencias Sociales*, N° 7/8, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 169-188.

ZANCA, José A. (2006) *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica/San Andrés.

Fuentes:

DERISI, Octavio Nicolás (1968) *El último Heidegger: aproximaciones y diferencias entre la fenomenología existencial de M. Heidegger y la ontología de Santo Tomás*, EUDEBA, Buenos Aires.

--- (1982) “La formación metafísica cristiana en la universidad” En: *Sapientia*, Nr. 145, Buenos Aires. P. 217-228.

--- [1969] (1972) *Naturaleza y vida de la Universidad*. Buenos Aires, EUDEBA.

--- (1983) *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo: a los 25 años de su fundación*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina.

CRUP (1978) *20 años de universidades privadas en la República Argentina*. Buenos Aires, Belgrano.

SACCHI, Mario Enrique (2008) “Octavio Nicolás Derisi”. En *Sapientia*, Nr. 224, Buenos Aires. P. 167-172

www.filosofia.org/ave/001/a080.htm [visitado el 21/7/2011]